

SIMONE PIERANNI

LA NUEVA CHINA

Traducción de Diego Bigongiari



A Ian y Teo

Índice

La nueva China. Memoria / Futuro	13
Socialismo / Mercado	33
Meritocracia / Corrupción.....	55
Metrópolis / Campiña	75
Público / Privado.....	95
<i>Airpocalypse</i> / Civilización ecológica.....	113
Trabajo / Automatización	133
 Bibliografía y agradecimientos	 169
Bibliografía general utilizada.....	171
para la escritura del libro	171

En la China contemporánea conviven elementos que a nosotros, occidentales, nos parecen contradicciones insalvables: los rascacielos se perfilan allí donde había sólo campo, una colosal contaminación industrial va pareja con la más avanzada búsqueda de fuentes de energía sustentables, el olvido de la memoria acompaña un pulsante empuje hacia el futuro. Si es posible —entre los elogios por la eficacia administrativa y sanitaria y las críticas al autoritarismo tecnológico— la pandemia ha terminado por hacernos aún más complicada la comprensión de este país, como si las lentes con las cuales intentamos interpretarla se hubieran, una vez más, desenfocado.

Sin embargo, si las indagamos en lo profundo, prontos a abrirnos al espectro de complejidad que esconden, se puede descubrir que en la nueva China estas dualidades dan vida a nuevas formas de dialéctica entre poder y ciudadanos en una realidad siempre más relevante también en nuestra cotidianeidad, gracias y no sólo a su renovado peso económico.

Contemplar y razonar sobre China no es simple: aunque viví allí largo tiempo y me ocupo de ella cada día, no puedo afirmar conocer a este país que se presenta cada vez huidizo, mutado, en devenir. Pero como sostenía Simon Leys, “quien escribe sobre China escribe sobre sí mismo”: analizar las discordancias y discantares chinos, confrontarse con ellos, es, en el fondo, una forma más para interrogarnos sobre nuestro modo de estar en el mundo, de percibir al otro, lo lejano, lo misterioso... y de evaluar con honestidad nuestros prejuicios.

La nueva China

Memoria / Futuro

Memoria

Con sólo 15 años, en 1862, Zhang Deyi fue elegido como uno de los primeros diez estudiantes admitidos en el Tongwen Guan, el Colegio de Traductores de Pekín instituido por la entonces dinastía Qing (la última que reinó en el territorio chino). Después de cuatro años de estudios, se lo consideró preparado y se unió a la misión –la primera oficial– de “comprobación de los hechos” de la corte Qing en Europa. Después de Europa, en 1868, fue el turno de los Estados Unidos. Sus diarios son un instrumento extraordinario para comprender cuál era, entonces, la consciencia de los chinos sobre su propia historia. Y no sólo porque Zhang, bien que impresionado por sus conocimientos “occidentales”, vivió su increíble periodo fuera de las fronteras chinas junto a una gran frustración: no entendía por qué los occidentales llamaban a China con un nombre que los chinos ignoraban: “Tras decenios de interacciones diplomáticas y comerciales, los europeos deberían saber muy bien que mi país se llama Da Qing Guo (el gran estado Qing) pero insisten en llamarlo China, Zhaina, Qina, Shiyin, Zhina, Qita. ¡No sé en qué se basan los occidentales para darle estos nombres!”.

Sobre el tema –acerca de quién decidió, al final, llamar a China “Zhongguo”, o sea “país del medio” pero que se debe comprender mejor como “centro del mundo”– hay un debate todavía en curso (en China y entre los sinólogos occidentales), pero lo que señala el episodio de Zhang es fundamental para comprender el concepto chino de pasado: China por largo tiempo fue un territorio llamado así por los occidentales, un “mundo” en el interior del cual recaían la seda, los mandarines, los avances científicos, Confucio, etcétera. Para los chinos, en cambio, el nombre “China” representó una suerte de punto de partida porque indicaba un Estado, antes correspondiente a una entidad territorial vaga y marcada con el nombre de la dinastía reinante. A partir de un sistema limitado por fronteras terri-

toriales móviles (los chinos llamaban al lugar donde vivían *Tianxia*, o sea, “todo aquello que está bajo el cielo”), la realidad política imperial china se afirmaba a través del sistema de los “tributos”: los estados o los reinos “vasallos” tributaban al Emperador del “centro”, quien en cambio los reconocía, asignándoles un “estatus político”, como una suerte de certificado de existencia. Con el progreso y el nacimiento de los Estados-nación, cómplices de la decadencia de la última dinastía china y los movimientos republicanos que miraban a Occidente en busca de ejemplos para “modernizar” el país, también para China se planteó el problema de considerarse un Estado-nación. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué era la China? ¿Qué mantenía unidas poblaciones distintas, historia milenaria, lenguas diferentes y la última dinastía Qing (creada por los manchúes, una población que en la época Ming era considerada afuera del *Tianxia*)? Se trató de un turbulento periodo sobre el que, después, el Partido Comunista puso el último sello, en la búsqueda de continuas referencias, a una historia de la cual se apropió, decidiendo los pasos, las trayectorias y en último análisis, la legitimidad o no. Esta prolongada diatriba sobre el término “China”, y sobre cómo anillar periodos históricos en el interior de un vasto territorio, hizo que el pasado para los chinos haya devenido evasivo: aquella del Partido Comunista no es más que la última “interpretación”.

El pasado chino, en efecto, está sometido desde siempre a revisiones más o menos sinceras. Cada dinastía, por ejemplo, escribía la historia de la dinastía apenas dejada atrás, la mayoría de las veces abatida al son de combates y batallas campales. No sólo: cada dinastía demolía todo lo que había construido la anterior. Y en el novecientos no fue distinto: templos, escuelas, edificios, fueron abatidos por la necesidad del Partido Comunista de establecer un nuevo inicio, que la mayoría de los casos coincidió con la devastación del pasado. El Premio Pulitzer Ian Johnson, en *The Guardian*, narró de manera admirable esta característica de la China contemporánea: “Caminar por las calles de las ciudades chinas”, escribió en 2016, “atravesar sus caminos rurales y visitar sus lugares más atractivos puede ser desorientador. Por un lado, sabemos que este es un país en el cual existió una rica civilización durante milenios, sin embargo, somos superados por un sentido de ausencia de raíces. Las ciudades chinas no parecen viejas. En muchas ciudades existen sitios culturales y minúsculos enclaves de antigüedad entre océanos de cemento. Cuando encontramos el pasado bajo la forma de

un antiguo templo o de una callejuela estrecha, un poco de investigación demuestra que gran parte de ello fue recreado”.

¿Qué cosa nos dice todo esto sobre la China y los chinos? Para los optimistas, cuenta Johnson, ésta es una señal de gran dinamismo: “Aquí, finalmente, hay un país que marcha de acuerdo mientras el resto del mundo se estanca o va detrás. Se lo dice siempre con estupor y asombro”. Pero ¿cuál es la contracara social de esta concepción –tan maleable y recreativa– de la historia? A tal propósito merece particular atención el aspecto urbanístico de la memoria histórica, porque China está hecha de lugares, de ciudades siempre más grandes, de procesos de urbanización que acaban por enganchar la historia a la cotidianeidad: es mirando aquello que los rodea que los chinos conciben una forma propia de memoria y de pasado. En Pekín, y no sólo allí, muchas calles tienen nombres que se remontan a edificios o estructuras arquitectónicas que no existen más y desde hace mucho tiempo. El Ministerio de Relaciones Exteriores se encuentra en Chaoyangmenwai, o sea, “la calle del lado de afuera de la puerta de Chaoyang”. Al oeste está Chaoyangmennei, “la calle del lado interno de la puerta de Chaoyang”. Estos nombres tienen sentido sólo si se tiene presente la existencia –en otro tiempo– de los muros de la ciudad que hoy se transformaron en una autopista. Es verdad que este fenómeno no es sólo chino: en muchas ciudades europeas, barrios o calles toman su nombre de personas o eventos desde hace tiempo olvidados por todos salvo por los apasionados de la historia. “Esto es obviamente cierto”, escribe Johnson, “pero en China el dislocamiento cultural es mayor y las barreras a la memoria son más altas”. También porque sobre todo interviene la pluma del revisionista. Un ejemplo: frente a algunos templos restaurados, las plaquetas colocadas para el visitante cuentan el origen de aquel templo. Pero no dicen jamás, por ejemplo, que esa estructura fue completamente destrozada durante la Revolución Cultural, para ser utilizada como lugar de depósito de municiones o cárceles temporarias.

Al respecto, es interesante notar que en China las demoliciones no terminaron con la Revolución Cultural, sino que son un signo distintivo de la China contemporánea. Cuando yo vivía en Pekín, sucedía que el lugar donde habitaba fuera transformado por demoliciones y nuevas construcciones: mi casa estaba situada en el cruce de una larga calle –Xindong Lu– que se asomaba sobre Sanlitun (que con los años se había transforma-

do en el barrio de la movida) y sobre algunos pequeños barrios que todavía se estructuraban en *hutong* –callejuelas estrechas habitadas por casas con pequeños patios– y edificios de seis pisos como máximo. Estos lugares, en el transcurso de mis seis años de permanencia en Xindong Lu, cambiaron completamente: a veces regresando de algún viaje fuera de la capital encontraba el panorama circundante radicalmente modificado. Esta sensación fue todavía más fuerte cuando me mudé a una zona de *hutong* en las cercanías de la “Torre del Tambor”. Se trata del área que sufrió la más amplia obra de demolición –y de expulsión de muchos de sus habitantes– en la historia reciente de la capital china. Jady Liu, un estudiante universitario, llegado a Pekín a fines de agosto de 2016 y fascinado con los *hutong*, contó cómo en sólo seis meses muchos de sus lugares de encuentro favoritos en aquellas callejuelas fueron cerrados por muros de ladrillos. “Comenzó el pasado octubre en torno a Baochao Hutong cerca de la Torre del Tambor”, contó, “con amenazantes avisos pegados en el barrio que advertían de la ‘remodelación’ de amplias zonas. Tras un invierno tranquilo, los avisos reaparecieron en marzo, esta vez en varios *hutong* al mismo tiempo. No todas las actividades se vieron afectadas, pero muchos bares, cafés y negocios populares, sea extranjeros o locales, fueron rápidamente cerrados”.

Entre remociones y ostentaciones, el paisaje urbano de la Nueva China escande el tiempo de la memoria para sus habitantes: ser circundados cada día por algo nuevo, perder la brújula de las propias caminatas porque de improviso desaparecen los puntos de referencia urbanos o nacen otros nuevos, lo que crea ese sentimiento de desorientación al que se refería Johnson en *The Guardian* en 2016.

Algunos lugares, en cambio, no fueron reconstruidos. ¿Por qué? Porque justifican la narración histórica del Partido Comunista. Es el caso del antiguo Palacio de Verano, o también “Jardín de la Perfecta Luminosidad”. En este caso, no obstante los reclamos de restauración, las autoridades decidieron dejar las ruinas como bella muestra. El hecho es que el Palacio –lugar de residencia estival para los emperadores Qing– fue saqueado y destruido por los ingleses y franceses en 1860 durante la segunda guerra del opio. Es una admonición y una confirmación: los chinos vivieron el “siglo de las humillaciones” por obra de los occidentales, y este recuerdo debe quedar bien presente en la memoria de cada chino, pues es el “justificativo” de la nueva iniciativa china que afirma el retorno al centro del mundo.

La memoria, en consecuencia, es un concepto más bien móvil para los chinos y desde siempre “amañado” por quien es destinado a escribir la historia. Esto ocurre tanto más hoy, periodo en el cual el Partido Comunista –además de renovar en modo continuo el panorama urbano del país– mira al pasado para encontrar su propia legitimación, gracias a un relato “épico” propuesto por los líderes del PCCH [Partido Comunista Chino]. Pensemos sólo en la Nueva Ruta de la Seda: cuando el presidente Xi Jinping presentó en 2013 su proyecto “One Belt One Road” describió la antigua ruta de caravanas como algo esencialmente chino. En realidad, el término fue creado por un occidental (el geógrafo alemán Ferdinand von Richthofen) y durante largo tiempo la lengua hablada a lo largo de las rutas comerciales fue el persa. La historia, por lo tanto, hoy más que nunca sirve al Partido Comunista para marcar una línea de continuidad entre presente y pasado, en algunos casos con claros acentos de naturaleza étnica. Y como siempre ocurre en estos casos, el PCCH no admite discusiones, incluso en lo que concierne a la historia reciente. En 2018 Xi Jinping hizo aprobar una ley de la Asamblea Nacional (lo más parecido que existe en China a los parlamentos occidentales, si bien sólo tiene la función de ratificar lo que decide el Consejo de Estado, el órgano ejecutivo, a su vez controlado *in toto* por el Partido Comunista) que impone a “toda la sociedad” honrar a los héroes y los mártires aprobados por el Partido, haciendo de la difamación un potencial delito punible por la ley. Chun Han Wong, comentarista de asuntos chinos en el *Wall Street Journal*, escribió a propósito de ello que “reforzar el control sobre la historia china es una prioridad para el presidente Xi Jinping, que reivindicó la legitimidad del gobierno comunista afirmando que él y su partido gobernante están guiando el retorno de China a la grandeza del pasado”. Por ello, héroes y mártires tienen un sitio relevante en las campañas de propaganda que a menudo se remontan a las raíces revolucionarias del Partido. “Los funcionarios han afirmado que es necesaria una legislación fuerte para promover el patriotismo y reprimir el nihilismo histórico, término oficial para el escepticismo sobre las contribuciones del Partido al progreso de China”. Junto a la ley, llegó la censura de libros, artículos, ensayos. Estos retoques históricos, en realidad, no son el único modo que el Partido tiene para controlar el pasado; en algunos casos la memoria es tergiversada o completamente anulada.

Durante una cena en Shangháí, en marzo de 2006, me encontré sentado al lado de una joven china nacida en 1984. En cierto momento, mientras hablábamos, le dije que al día siguiente iría a Pekín. Le dije también que era la primera vez que visitaría la capital china. Me respondió que ella no había estado nunca y me pidió si le podía enviar algunas fotos. Le dije que sí. Luego ella me preguntó: “¿Cuál es el primer lugar al que irás?”. Yo respondí al instante: “Tiananmen”, cosa que efectivamente después sucedió. “¿Tiananmen es famosa también en Occidente?”, me preguntó. “No lo sabía”, agregó. Le dije que sí, era muy famosa también en Italia por el retrato de Mao, por la Ciudad Prohibida y por lo ocurrido en 1989. “¿En 1989?”, preguntó. Había oído decir, si bien hacía poco que estaba en China, que muchos chinos de las nuevas generaciones ignoraban totalmente lo que ocurrió en 1989 en China, pero no pensaba encontrarme tan pronto frente a esta realidad. Balbuceé una respuesta: “Protestas, choques...”. Su rostro, con los ojos en busca de respuestas comprensibles, me reveló que no sabía nada. A propósito de este tema, Louisa Lim ha escrito un libro titulado *The People's Republic of Amnesia* en el cual describe un experimento que realizó para medir la profundidad del olvido. La periodista llevó la icónica foto del “*tankman*” —el joven que bloquea una columna de tanques en Pekín en 1989— a cuatro campus de la capital. La neta mayoría de los estudiantes, entre los más instruidos del país, no la reconocieron, algunos intentaron adivinar: “¿Es en Kosovo?”, “¿La Corea del Sur?”; sobre 100 estudiantes, sólo 15 identificaron la foto tomada el 5 de junio de 1989.

Walter Benjamin sostenía que la historia es “el inventario del vencedor” y nunca ha sido más cierto que en China. El año 1989 fue eliminado de la historia china, justo en el momento en que los chinos eran enfrentados, más que nunca, a la elección sobre cómo interpretar el propio pasado y vincularlo al ingreso a la modernidad occidental, tratando de preservar las “características” propias. A este respecto, según la crítica literaria y cinematográfica, feminista y marxista Dai Jinhua —una intelectual capaz de moverse entre cine, literatura y producción cultural popular y de masas, lo más parecido que existe en China a un Mark Fisher—, uno de los momentos de mayor relectura de la historia por parte de los chinos habría ocurrido justamente en los años ochenta, fundamentales para el ingreso chino en la dinámica del capitalismo global:

En la base de la llamada revisión de la historia en los años ochenta y de la conceptualización de una China del siglo XX, estaban los esfuerzos para establecer, por un lado, la continuidad y por el otro la trascendencia, como si pudiéramos eliminar, por medio de nuevas interpretaciones y elipsis, las interrupciones internas de la historia china del siglo XX. La reescritura de la historia ilumina hechos y verdades que habían sido abandonados al olvido. Arroja nuevos matices y sombras. Hoy podemos ver, más fácilmente, en retrospectiva, que la historia no es una película que puede ser editada libremente.

Hay quien ha intentado romper estas problemáticas colocando no la película, sino una filmadora en las manos de los chinos. Se trata de Wu Wen-guang, documentalista, autor teatral, director, editor. En 2005, gracias un fondo de la Unión Europea, Wu tuvo la oportunidad de organizar un trabajo en los pueblos chinos. Su idea era simple: dar a los habitantes de los pueblos una cámara de video y hacer emerger a través de sus palabras el recuerdo de dos de los periodos más dramáticos de la historia china post-1949, o sea el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. El primero fue un proyecto querido por Mao para acelerar la producción económica china que acabó por llevar a la muerte por hambre de millones de personas. El segundo acontecimiento duró, en cambio, diez años y se trató de un choque interno en el Partido (Mao atacó a la dirigencia acusándola de progresar hacia el capitalismo, lanzando contra el Partido una masa indiscriminada de jovencísimos, las “guardias rojas”) que se convirtió en una auténtica guerra civil. Un evento que destrozó a la sociedad china y que todavía hoy el Partido recuerda sólo como algo para no repetir, sin favorecer, sin embargo, una relectura colectiva de un hecho que cambió la vida de casi todos los chinos.

En 2005, convencido de su idea, Wu publicó un anuncio de reclutamiento en un diario de Guangzhou, seleccionando a diez voluntarios entre campesinos y trabajadores migrantes, candidateados en las aldeas de todo el país. Con el sostén de la Unión Europea, estuvo en condiciones de dar a cada uno de ellos cámaras de video digitales, un breve manual sobre las técnicas de filmación e instrucciones para volver a sus aldeas y filmar cualquier

cosa que consideraran útil. “Los habitantes de la aldea –contó Wu– han filmado algunas cosas muy interesantes; su técnica, sus diálogos, sus elecciones acerca de qué filmar, eran completamente distintas de aquello que haríamos nosotros los llamados directores profesionales. Además, conocían muy bien a los habitantes de las aldeas locales. Podían filmar personas que se reunían o se peleaban... por lo tanto mucho de este material podría parecer un poco extraño, pero es muy auténtico”. El Proyecto Memoria nació de esta idea. “La Gran Carestía ocurrió hace tanto tiempo, a tal distancia de las grandes ciudades, que ha caído víctima de la amnesia histórica casi total en el interior de China, reducida a pocas líneas sobre la sequía y las inundaciones en los libros de historia.” Las historias –contó– “me cambiaron de verdad, cambiaron mi reconocimiento de la historia. Estos son los detalles que me impactan más. La historia no tiene que ver con los grandes números y las estadísticas. Tiene que ver con estos detalles”.

Futuro

El cielorraso es azul oscuro, punteado por pequeñas luces, como estrellas distraídas en un cielo nocturno. A los lados hay algunas ventanas que permiten regular la luz en este corredor, marcado por la presencia de objetos —distanciados algunos metros uno de otro— que parecen pequeñas cápsulas espaciales, como las de las películas de ciencia ficción, cuando los protagonistas deben escapar de una astronave. Se trata del lugar donde en China están criogenizadas las primeras personas que decidieron someterse a esta especie de sueño, de limbo indefinido. El objetivo: resucitar cuando se vuelvan curables las enfermedades que les habrían provocado la muerte pura y dura.

Según los medios chinos, la primera persona en ser criogenizada en el país fue Zhan Wenlian, 49 años, enferma de cáncer. Tras haber combatido contra el cáncer de pulmón durante más de un año, según reportó el *Science and Technology Daily*, “fue declarada clínicamente fallecida cuando su corazón y sus pulmones dejaron de funcionar hacia las 4 de la mañana del 8 de mayo de 2017 en el hospital Qilu de la Universidad de Shandong, en China oriental”. Su cuerpo, sin embargo, no fue cremado o sepultado: diez minutos después fue preparado para la criogenización en el Shandong Yinfeng Life Science Research Institute. Según lo que contaron los médicos, entre la muerte clínica y la operación, el personal médico tuvo que mantener artificialmente la circulación de la sangre y del oxígeno en el cuerpo de Zhan. Sucesivamente, debieron sustituir la sangre y el agua de su cuerpo por una solución anticongelante que resistiera a la cristalización incluso a temperaturas extremadamente bajas. Finalmente, introdujeron a Zhan en una cápsula de criogenización llena de nitrógeno líquido a menos 196 grados, en espera de que un día vuelva a ser traída a la vida.

Para la mayoría de los pacientes, el costo de la criogenización es prohibitivo. Sólo el nitrógeno líquido cuesta unos 50.000 yuanes (7.500 euros)

al año y debe ser reintegrado cada 10-15 días. En los Estados Unidos esta práctica está activa desde hace mucho tiempo, en China desde hace menos, pero indica la presencia de los transhumanistas, aquellos que creen que en un futuro los cuerpos puedan ser despertados y recibir medicamentos o accesorios tecnológicos para garantizar una suerte de inmortalidad. No estamos ante la “singularidad”, la máquina que deviene humana en todo y por todo, sino ante la confianza de que la ciencia en un futuro pueda garantizar vidas más largas que las actuales. El tema es muy apreciado por la ciencia ficción, y no es casualidad que uno de los primeros chinos en haber hecho esta elección haya sido el editor de *El problema de los tres cuerpos*, la obra de Liu Cixin devenida símbolo de la ciencia ficción contemporánea, criogenizado en los Estados Unidos. El sitio de Alcor, la empresa en la cual se hizo “congelar”, le dio amplia difusión: “Du Hong, miembro de Alcor A-2833, fue declarado clínicamente muerto el 30 de mayo de 2015 a la edad de 61 años. Du Hong, miembro de la *neurocryopreservation*, fue el primer paciente chino de Alcor y el número 138 en total”.

El fenómeno del transhumanismo es decididamente limitado en China —se trataría en total de 500 personas—, pero en julio de 2018, el 798, un ex complejo industrial transformado en centro artístico, albergó la conferencia Humanity+, un encuentro de los transhumanistas chinos que también tuvo invitados internacionales. Una diminuta minoría, respecto a la inmensa población china, pero que indica una suerte de propensión al futuro por parte de los chinos. Pocos meses después de la conferencia de los transhumanistas, en noviembre, un científico chino anunció el nacimiento de dos gemelos con un ADN modificado de tal modo de volverlos inmunes al virus VIH. ¿Es este el futuro imaginado por los chinos? ¿Cuerpos conservados y despertados cuando puedan curarse enfermedades mortales? ¿Seres humanos con genes modificados para resistir a las adversidades, los virus y con súper poderes? ¿Súper chinos en condiciones de conquistar al mundo y reducirnos a la esclavitud?

En el curso de la historia china el futuro, como concepto, fue analizado por las diversas y principales corrientes filosóficas, el confucianismo, el taoísmo y el budismo. Según el profesor de la Southern University of Science and Technology de Shenzhen, Wu Yan, en China siempre preponderó una vi-